

Un indio en cólera

Hupquatchew («El Peludo»), el indio canadiense Ron Hamilton, para los blancos, ha emprendido el camino de la guerra. No se trata de una guerra a la antigua, con nubes de flechas, sino de una guerra de lo más moderno; a base de reivindicaciones fundadas jurídicamente, comisiones de investigación, campañas de información, grandes reuniones tribales y militancia política. A fin de llamar la atención del mundo sobre la suerte de sus hermanos (ocupados mientras tanto en organizarse sobre el terreno), Hupquatchew estuvo recientemente en París para participar en un debate televisivo. Su próxima etapa es China.

Hupquatchew, veintiocho años, largos cabellos que le llegan hasta la cintura, es el portavoz itinerante de los indios de la Columbia británica. Los únicos indios del Canadá que no han sido nunca vencidos por los blancos, los únicos que no han renunciado jamás mediante un tratado a sus derechos sobre sus tierras. Hoy, los indios exigen la devolución de sus propiedades más diez mil millones de dólares en concepto de atrasos por el usufructo de sus tierras. A partir del 1 de junio han tomado la decisión de apoyar sus reivindicaciones con un gesto espectacular: la devolución al Gobierno canadiense de todas las subvenciones concedidas este año a título de la Ley de indios, que fija su estatuto y sus derechos. «Una ley racista e infamante —se queja Hupquatchew—. ¿Acaso existe una ley destinada especialmente a los alemanes, italianos, los americanos o los chinos?».

Actualmente suman unos cien mil los indios de la Columbia británica. Más de la mitad viven miserablemente en reservas, generalmente minúsculas, creadas de forma arbitraria por las autoridades de la provincia en 1926. Renta media «per cápita»: tres mil dólares; es decir, una cantidad muy por debajo del umbral de pobreza oficialmente reconocido. En ciertas aldeas, ocho de cada diez habitantes viven enteramente del «welfare», de las subvenciones públicas para los indigentes. Su esperanza de vida es de treinta y cuatro años para las mujeres y de treinta y uno para los hombres: la mitad de la que corresponde a los canadienses blancos. Tienen además el índice de suicidios más elevado de todas las etnias del país, sin contar los muertos por alcoholismo, sobredosis de droga y accidentes diversos. Si bien no totalizan el cuatro por ciento de la población de la provincia, representan el 30 por 100 de los ocupantes de las cárceles...

«Cuando recuperemos nuestras tierras y el dinero necesario para explotárlas, recobremos nuestra dignidad —afirma Hupquatchew—.

Entonces podremos ganarnos la vida decentemente y a nuestra manera; es decir, mostrando un mayor respeto que los blancos por los recursos naturales». Es también un problema de supervivencia cultural, problema del que los indios canadienses, como sus hermanos de los Estados Unidos, son cada vez más conscientes, aunque muchos de ellos continúan buscando una oportunidad en el mundo de los blancos al precio de una «emancipación» que los separa definitivamente de los suyos.

Hupquatchew ha afirmado su indianidad desde la infancia: «Comprendí muy pronto que éramos diferentes de los blancos, que estábamos sometidos a distintas leyes. Por ejemplo, en relación con el alcohol: hasta hace diez años, un indio al que se sorprendiese bebiendo corría el riesgo de dar con los huesos en la cárcel. Era por nuestro bien, para protegernos, se nos decía. Mi hermano tuvo esa experiencia. Jamás olvidaré el día en que los policías vinieron a llevarse». Estaba también la escuela temida, pero obligatoria bajo pena de multa y de cárcel, la escuela arbitrariamente elegida por las autoridades blancas: «Me enviaron a más de mil kilómetros de mi hogar, demasiado lejos como para que pudiera volver durante las vacaciones. No tenía dinero para pagarme el viaje. Cuando regresé, a los dieciocho años, me sentía extranjero en mi propia aldea. Además, no había aprendido nada; en trece años había cambiado siete veces de escuela y no había logrado acabar normalmente el período de escolaridad».

En la aldea no había apenas nada que hacer. En Ahaswinin, lugar perdido en medio de los bosques en la costa Oeste de la isla de Vancouver, sólo viven una cuarentena de personas: malviven de su trabajo como leñadores o estibadores en la ciudad más próxima, Port-Alberni. Hupquatchew ha probado ya todos los oficios: ha sido conserje de escuela, vendedor de periódicos por las calles, recadero de una tienda de comestibles, obrero en una serrería, pintor de brocha gorda, intendente en un aeropuerto. Luego, recorre el camino. Pasa tres años en Victoria, enseña historia india en la Escuela Federal y es contratado algún tiempo después por el museo provincial como restaurador de totems de madera. De niño pasó tanto tiempo escuchando a los viejos hablar del pasado y observándolos trabajar en esto y aquello, que conoce todas las tradiciones...

Hupquatchew descubre en todo su horror la miseria física, económica y moral de sus hermanos en el centro indio de la ciudad, espe-



Artesano indio de K'San, Columbia británica.

cie de dispensario y de refugio para los indios descarriados, a los que consagra todos sus ratos libres. Es el choque psíquico lo que le convertirá en militante. El sentido de la responsabilidad no era nuevo en él: no en vano su padre y su abuelo habían sido jefes de tribu. A pesar de lo cual, su madre, la mujer de más alto rango de la aldea, trabaja desde hace años en las fábricas de conservas de los blancos.

Hacia finales de la década de los sesenta, los indios de la Columbia británica comienzan a despertar como sus hermanos de los Estados Unidos. En 1969, los jefes de las ciento ochenta y ocho tribus de la provincia deciden agruparse en el seno de una Unión de los Jefes Indios de la Columbia Británica, primer paso hacia una acción común. Hupquatchew se convierte en uno de los agentes más activos de la Unión y circula de tribu en tribu para concienciar a sus hermanos y recordándoles sus derechos.

La Unión de los Jefes decide hacerse cargo, como tiene derecho según la ley, de las actividades de la Oficina de Asuntos Indios para la provincia. Primer paso que iba a conducir al antes mencionado rechazo de las subvenciones del Gobierno canadiense, que «hasta ahora han servido sobre todo para pagar los salarios de los funcionarios

blancos», afirma Hupquatchew.

«Pronto —afirma— seremos dueños de nuestras tierras. Los blancos han ido reduciendo nuestras reservas hasta el punto de que ya casi no podemos hacer nada con ellas; las sociedades multinacionales blancas se han apoderado de nuestros bosques; nuestros ríos y nuestras costas son propiedad de los industriales blancos dedicados a la pesca. Se nos prohíbe la caza y la pesca, ancestrales derechos nuestros, so pretexto de proteger una Naturaleza que el hombre blanco destruye despiadadamente. Han aplastado nuestras tradiciones, prohibido nuestras fiestas, hasta tal punto que se han perdido nuestros ritos. En la escuela han enseñado a nuestro hijos una Historia trucada en la que se olvida o falsea el papel jugado por nuestro pueblo».

¿Qué los militantes indios, a pesar de sus esfuerzos, no son todavía más de un puñado? Es posible. «Pero —argumenta Hupquatchew— cada vez es el mayor el número de jóvenes que se suman a nuestra causa». ¿Que el Gobierno canadiense tal vez no los tenga en cuenta? «No le quedará más remedio que escucharnos. ¡Bastante paciencia hemos demostrado hasta ahora! Son ya muchos los que están dispuestos a recurrir a la violencia si es preciso».

■ CATHERINE DREYFUS.

ESPIONAJE

La CIA y las Embajadas

Una noche de mayo último, los ocupantes de un automóvil se tirotearon con agentes policiales que custodiaban la Embajada de los Estados Unidos, situada en el aristocrático barrio de Palermo, en Buenos Aires. La noticia alertó en un primer momento a las Redacciones periodísticas de Argentina, hasta que una versión oficial afirmó que se trataba de «ladrones comunes» sorprendidos «in fraganti». Luego se supo que además de los ocupantes del automóvil y la custodia local, hubo un tercer grupo de

protagonistas armados: «Tomaron parte en esta acción —afirmó al día siguiente el diario «Clarín»— policías federales y miembros de la representación diplomática».

Otro diario, el «Buenos Aires Herald» —editado en inglés— dijo en su relato que «el embajador, Robert C. Hill, asistió al tiroteo desde una ventana con cristales a prueba de balas».

El embajador Hill, designado jefe de Misión en Buenos Aires por su viejo amigo y correligionario Richard Nixon, no debe el puesto a la

amistad o a contribuciones monetarias para el Partido Republicano, sino a sus sólidos y ominosos antecedentes como diplomático de choque de los Servicios norteamericanos de Inteligencia. Para los funcionarios norteamericanos como Hill, el servicio exterior es siempre la cobertura, y no el campo de sus verdaderas andanzas.

No es extraño que el primer desempeño importante del hoy embajador haya sido el de agente de la Oficina de Servicios Estratégicos (OSS), antecesora de la Agencia Central de Inteligencia (CIA), durante los últimos meses de la segunda guerra mundial, en el frente China-Birmania-India.

Hill actuó allí, con el grado de capitán del Ejército, bajo el disfraz de representante del Departamento de Estado.

La CIA funciona, en toda nación con Embajada norteamericana, mediante dos «operadores» como mínimo: el jefe de Estación (**Chief of Station, o COS**) y el jefe de Base (**Chief of Base, o COB**). Los COB pueden ser varios, con bases en distintos puntos del territorio, pero el COS siempre tiene su «estación» en la sede diplomática, donde están ubicados generalmente los principales archivos, ficheros y equipos de comunicación» (1).

(1) Los equipos de comunicación pueden estar colocados, si la importancia del área a cubrir lo exige, fuera de la Embajada. Cuando un grupo guerrillero secuestró en 1974 a Alfred Laun, un oscuro funcionario de la US Information Agency (USIA), destacado en la convulsionada provincia argentina de Córdoba, se descubrió que en una finca rural donde vivía solo, operaba un radiotransmisor y receptor de alcance mundial.



Embajada USA en Buenos Aires.

El ex analista de la CIA Victor Marchetti dice en su reciente libro (2), que usualmente el COS es un primer secretario o un consejero, mientras que el COB, con frecuencia, es un experto en comunicaciones. Lo seguro es que el embajador respectivo sabe la identidad de los operadores a quienes el Departamento de Estado da cobertura, y esto no se refiere sólo a la CIA: otros diez Servicios de Inteligencia del Gobierno norteamericano acostumbran también a introdu-

(2) «La CIA y el culto del espionaje», Euros.

cir sus hombres en cada misión diplomática (3).

Hasta la Presidencia de Eisenhower (cuyo secretario de Estado era hermano del jefe de la CIA), los embajadores norteamericanos fueron teóricamente jefes del «equipo local» de espionaje (que incluía a delegados de todos los Servicios de Inteligencia operativos en el país dado, menos al COS de la CIA. John F. Kennedy trató infructuosamente de recuperar para el ejecutivo el control de la Agencia, e incluyó a los COS bajo la autoridad de los embajadores, pero de hecho, éstos no ejercen esa prerrogativa.

La cadena de subordinación de un COS es vertical y simple: sobre él están solamente el jefe de Área (América Latina, en este caso) y el director de Servicios Clandestinos; debajo suyo, el COB y los agentes locales reclutados.

Códigos, sistemas cifrados y la sofisticación de los equipos de comunicación electrónica impiden, si el COS lo desea, que el embajador se entere de lo que pasa ante sus narices.

Richard Bissell—director de Operaciones Clandestinas de la CIA despedido por Kennedy al fracasar la invasión de Cuba, ejecutada en 1961 en base a un plan del mismo Bissell— analizó siete años después el

(3) Aparte de la CIA, funcionan en las Embajadas todos o parte de estos Servicios: Inteligencia del Ejército, Inteligencia Naval, Inteligencia de la Fuerza Aérea, Oficina Nacional de Reconocimiento, Buró Federal de Investigaciones, Agencia Nacional de Seguridad, Agencia de Inteligencia de Defensa, Servicios de Seguridad Central, Agencia de Mapas de Defensa y Oficina de Investigaciones de Defensa.

tipo de coordinación que se desarrolla entre la Agencia y una Embajada.

En 1968, al dictar una conferencia sobre ese tema ante el Consejo para las Relaciones Exteriores (un organismo privado que asesora a los Gobiernos norteamericanos, presidido por el ex secretario del Tesoro, Douglas Dillon), especificó ocho «acciones encubiertas» que pueden ser ejecutadas desde una misión diplomática estadounidense:

1. Asesoramiento político.
2. Subsidio a individuos.
3. Respaldo financiero y asistencia «técnica» a partidos políticos.
4. Respaldo a organizaciones privadas (sindicatos, cooperativas, empresas).
5. Propaganda encubierta.
6. Entrenamiento «privado» individual e intercambio de personas (becas).
7. Operaciones económicas.
8. Operaciones paramilitares o de acción política, programadas para derrocar o sostener a un Gobierno.

La cobertura (del hombre de la CIA) es casi invariablemente la de un empleado norteamericano—explicó Bissell—; hay poderosas razones para esa práctica, y siempre será deseable tener cierto personal en la CIA dentro de la jurisdicción de la Embajada, aunque sólo sea para el mando (de la «estación») y las necesidades de comunicación. Agregó luego el ex director de Operaciones Clandestinas: «Generalmente, el embajador tiene derecho a conocer todas las operaciones encubiertas en su jurisdicción, pero en casos especiales (a pedido del jefe de Estado local, o del Departamento de Estado), el COS es autorizado a retener información fuera del conocimiento del embajador».

Bissell divide entonces las actividades diplomáticas de la misión entre las que realiza el embajador, «representante formal de los Estados Unidos», y las otras, más importantes, desarrolladas por el COS.

«El hombre de la CIA—aseguró al auditorio del Consejo— puede mantener una relación más íntima e informal, cuya privacidad puede ser mejor preservada, a la vez, dentro del Gobierno del país en cuestión y dentro del Gobierno norteamericano». «Si un jefe de Estado cesa en sus funciones o cambia su criterio—explicó Bissell—, uno puede trasladar un COS a otro país, pero sería embarazoso retirar súbitamente al embajador». Robert C. Hill no sólo está de acuerdo seguramente con esos procedimientos autónomos de los Servicios (su jefe máximo, Henry Kissinger, integra al mismo tiempo el Consejo Nacional de Seguridad y el Comité de los 40, órgano ejecutivo para decidir operaciones encubiertas).

Dichas técnicas, además, forman parte de su especialización como funcionario de carrera, y la han determinado, precisamente. ■ CARLOS MARIA GUTIERREZ.

